

precios de su materia prima en el mercado. Una nacionalización o un intento de nacionalización podía producir toda clase de respuestas, desde la guerra (Gran Bretaña y Francia, en guerra contra Egipto tras la nacionalización del Canal de Suez) al bloqueo económico (Cuba), el golpe de estado (Chile, tras las nacionalizaciones del cobre) o la revolución artificial. Algunos de estos ejemplos son tan recientes como para dudar de que la conferencia de la Asamblea General esté inspirada por una auténtica novedad de intenciones.

El equilibrio de precios de los últimos tiempos es igualmente engañoso. En una estadística minuciosa se verá que las materias primas que han aumentado más su valor son aquellas que se producen en los países industrializados y como consecuencia de su mayor desarrollo. Sobre todo, las alimenticias. La carne de todas las ganaderías, el pescado, las aves de corral, la leche y la mantequilla, ciertos productos agrícolas. Precisamente productos que por su déficit alimentario, agravado por incremento incesante de las poblaciones, más necesitan los países pobres. De forma que la recuperación de los precios de 1950 no resulta tal para estos países.

La misma denominación de países pobres es equívoca. No son países pobres, sino empobrecidos. Explotados. En los años cincuenta, cuando la transigración del poder imperial comenzó a hacer un cierto énfasis en cuestiones morales para dar paso al neocolonialismo, comenzó a hablarse de «naciones proletarias», idea que fue rápidamente desestimada por sus resonancias. Se pasó a otros términos, ninguno de los cuales ha sido convincente, y que aludían tan pronto a situaciones económicas como a políticas (subdesarrollados, neutralistas, tercer mundo, etcétera), pero la realidad es que el término de naciones proletarias correspondía muy exactamente a su situación. Incluso sus formas de vida se emparentaban con las de las clases proletarias europeas. El equívoco en la denominación de naciones pobres está en que fundamentalmente no todas lo son, y podría no serlo ninguna si sus medios de riqueza fuesen autoexplotados. Buscando un ejemplo extremo, no pueden confundirse en un mismo denominador los emiratos del golfo Pérsico, con una elevadísima renta por cabeza, aunque mal distribuida, con la India, con una de las más bajas del mundo. Incluso sus intereses son contrapuestos. Las elevaciones árabes del precio del petróleo han repercutido en la India de una manera dramática.

Ocurre, por lo tanto, que las simples elevaciones de materias primas en sus precios absolutos son una especie de «boomerang» que vuelve a ellos mediante la

multiplicación de precios de los productos industriales que han de importar, y que incluso se desequilibran unos a otros. Este error estaba ya en la mente de los productores de petróleo cuando elevaron sus precios absolutos. Por eso se propuso la creación de unos baremos de precios distintos, según los países a los que se exportase la energía, pero se desistió de ello por las enormes posibilidades de especulación que se abrían. También se intentó formar un fondo especial de ayuda a los países pobres con los nuevos beneficios, pero a su vez estaba teñida de las mismas condiciones que los países ricos imponen para sus supuestas ayudas: la sumisión política (la ola de retiradas de relaciones a Israel por parte de los países africanos procede de esta esperanza de ayuda).

Nadie está ajeno, por otra parte, a la gran jugada: la de Estados Unidos en la respuesta al desafío europeo. Mientras el control de mercados, los eslabones intermedios, los primeros tratamientos industriales y la venta de técnica estén en manos de Estados Unidos, la elevación absoluta de las materias primas perjudicará a los países europeos y les hará más dependientes de los Estados Unidos. La crisis del petróleo ha sido el primer ejemplo.

Otra óptica a considerar, y muy importante, es la de los beneficios que pudiera producir una mejora de los términos de cambio. ¿Puede esperarse que la subida del precio del petróleo vaya a mejorar las condiciones de los palestinos, de los campesinos árabes? ¿Puede creerse que el nuevo precio del estaño vaya a aliviar la vida miserable de los mineros del altiplano boliviano? ¿Y que las alzas del cobre supongan una salida de la situación difícil de los mineros chilenos, que ni aun en los tiempos más favorables para ellos, los de Allende, lograron las mejoras que esperaban?

Habrà que escuchar con atención las numerosas intervenciones que se anuncian en esta larga e importante sesión, y más que las intervenciones magistrales de los jefes de estado y de gobierno, discursos dirigidos, sobre todo, a su opinión pública interior, las opiniones de los técnicos de la economía mundial y de los especialistas de la pobreza a esta escala. Difícilmente podrán salir los que quieren apuntar soluciones realistas de unas cuantas formas: las nacionalizaciones absolutas de los medios de producción, la comunidad en los medios de transformación, la remuneración suficiente del trabajo, el dominio de los mercados por los países productores. Como todo realismo, es utópico. Pero si no se aborda esa utopía, la conferencia va a servir solamente para enmascarar la situación internacional real, la codicia y la corrupción de las clases dominantes en cada uno de los países implicados. ■

# La Capilla siXtina

## «FARENHEIT 451»

Dijo José Luis Garci por TVE que Ray Bradbury escribió la historia original de "Fahrenheit 451" como réplica satírica a la persecución de McCarthy contra la creación intelectual. El otro día, de pronto, la película de la "tele" sacó del desván de mi memoria una escena, no sé por qué almacenada. Yo tenía tal vez quince años, y descubrí al mismo tiempo la existencia de Baroja, Sartre y Moravia. No había problema para encontrar a Baroja en las librerías de viejo. Aún conservo antiguas, desguazadas ediciones de Caro Reggio con sus páginas pecosas de humedad y de tiempo. En cambio no era posible el libre acceso a Sartre o Moravia; entre tantos otros.

Un día, el librero de mi barrio me hizo una señal de que le siguiera y me metió en la trastienda. Era una pequeñísima estantería que parecía una frutería infernal. En las estanterías, flores del mal cultural por doquier: "La romana", "Agostino", "La crónica de los pobres amantes", "La cuestión judía", "La ndusea", "Los caminos de la libertad". El librero me señaló la estantería más alta y dijo a media voz.

—Allí hay literatura política.

De aquella estantería bajó "Silas Timberman" y "Espartaco", de Howard Fast; "Huelga en Goldsbourown", de Stephen Heym, e "Ingleses, franceses y españoles", de Salvador de Madariaga. Eran libros muy caros para mi poder adquisitivo de entonces y los compré de uno en uno; siempre con el miedo de que alguien se me adelantase o de que fallaran las misteriosas fuentes de aprovisionamiento de mi librero. Luego, en la Universidad a veces bastaba llevar uno de estos libros en la mano, para que alguien se te acercara como si te hubiera descubierto entre la multitud. Un libro de Howard Fast en la mano era toda una declaración de principios ideológicos en la Universidad española de los años cincuenta. Aquí, eterno desfase, llegó muy tarde la noticia de que Fast había claudicado, pactado, incluso, ante las presiones de los bomberos e incluso había renegado, de alguna manera autoincendiado, sus heroicos tigres de papel.

Cuando llegó esta noticia ya no me gustaba la literatura de Howard Fast, pero seguía teniendo un afecto entrañable por algunas de sus criaturas. En realidad ya no pertenecían al autor, ya habían pasado a la simbología sentimental de todos los que han luchado, luchan y lucharán por la siempre inacabada emancipación humana. Reconozco que Silas Timberman me ha impresionado tanto como Ivan Karamazov o el Stiller de Frisch o Mr. Gatsby. Mal arropado por el lenguaje, el personaje de Fast pudo ser desahuciado por los médicos de la cultura con mayúscula. Pero algún día, cuando la Historia de la Literatura tenga en cuenta también los factores de significación histórica, dos o tres criaturas de Fast tendrán lugar en la memoria de la mejor literatura política.

Lo que son las cosas. Pocos programas de televisión española me han parecido tan sugerentes como esta proyección de "Fahrenheit 451". Por suerte, cada día sube el techo de permisibilidad en la edición de libros. Pero aún quedan algunos usos y abusos, y sobre todo, un cuerpo de bomberos autolegitimados que aún se permiten el lujo histórico de clamar "¡A dónde vamos a parar!". Son bomberos voluntarios que se han sufragado los gastos de uniforme, casco y lanzallamas y se pasean con la arrogancia del matón de historia, del prestamista de historia, de perdonavidas histórico.

En un boletín de este cuerpo de bomberos lei hace poco que es escaso el número de españoles preparados para "leerlo todo". Dirigian esta afirmación como una advertencia contra ciertas declaraciones en pro de una política de apertura editorial. Voy a revelar un secreto. En cierta ocasión, un bombero homologado se llevó de mi casa la obra más querida de Howard Fast. Acción inútil. Como los resistentes de "Fahrenheit", yo recordaba algunos párrafos de memoria y en mi memoria tenía para siempre las evidencias de la realidad que la novela de Fast, así como su original comercialización, no habían hecho más que ratificar. ■

SIXTO CAMARA